

# LIBROS

46

LETRAS LIBRES  
FEBRERO 2018

**Guillermo Espinosa Estrada**

• ENTRE UN CAOS DE  
RUINAS APENAS VISIBLES

**François Jullien**

• LA IDENTIDAD CULTURAL NO EXISTE

**Laura J. Snyder**

• EL OJO DEL OBSERVADOR. JOHANNES  
VERMEER, ANTONI VAN LEEUWENHOEK  
Y LA REINVENCIÓN DE LA MIRADA

**Ricardo Fletes y Jean Meyer**

• LA GRAN FAMILIA DE ZAMORA

**Roberto Ransom**

• LA CASA DESERTADA.  
GRAHAM GREENE EN MÉXICO

**Robert Lowell**

• POESÍA COMPLETA, 1 (1946-1967)  
• POESÍA COMPLETA, 2 (1967-1977)

**Javier Moscoso**

• PROMESAS INCUMPLIDAS. UNA  
HISTORIA POLÍTICA DE LAS PASIONES

ENSAYO

## Dioses y divinidades de la risa



**Guillermo  
Espinosa Estrada**  
ENTRE UN CAOS DE  
RUINAS APENAS  
VISIBLES  
Ciudad de México,  
Antílope, 2017, 150 pp.

**CHRISTOPHER  
DOMÍNGUEZ MICHAEL**

Hay algo sospechoso en libros como *Entre un caos de ruinas apenas visibles*, de Guillermo Espinosa Estrada (Puebla, 1978), pues es casi imposible no rendirse ante quien exalta una escritura a la caza de la gratitud de los lectores, aquellos a los que desde los años ochenta del siglo pasado, con la popularidad de Magris y Calasso, a su vez amanuenses de Borges como lo hemos querido ser casi todos, fascina el ensayo en contubernio con cierta ficción. Parece no importar que la erudición sea verdadera o falsa, pues el argentino tornó

secundaria esa diferencia. La mitología clásica puesta en oferta condensada —en el caso de Espinosa Estrada sus averiguaciones sobre el dios espartano de la risa Gelos y su avatar romano Risus— se agradece porque, paradójicamente, los quinientos volúmenes que conservamos de la Antigüedad grecolatina están a la mano, pero son poco frecuentados incluso por las personas cultas. Los doctores de la Edad Media hubieran dado más que un brazo por algunos tomos de la Loeb Classical Library o hasta de la Biblioteca Gredos, libros que, al menos en español, se venden, con cierta recurrencia, hasta en los puestos de periódicos.

Recuperar la mitología clásica y traducirla en términos contemporáneos es, de alguna manera, retomar la difusión escolar de los antiguos clásicos, abandonada a fines del siglo xx por el imperio del positivismo. La generación de 1900 —la de Reyes y Vasconcelos pero también la de Henry Adams y André Gide, algo más viejos— debatió mucho sobre la utilidad de la enseñanza de griegos y latinos. Mientras aquello se discutía, las lecturas de la llamada “crítica” en la edad ateniense, Plotino y los trágicos, se refugiaron en la alta literatura, educando al público, en las viejas humanidades, a su arbitrio. No es nada fácil entender un sencillo, y con mucha frecuencia hasta rudimentario, poema de fray Manuel Martínez de Navarrete, tenido por fundador de la literatura mexicana, porque él, poeta popular, asumía que sus lectores se sabían de memoria toda la multitud bucólica de ociosos pastores y divinidades floridas. Explorando, así, a la risa entre espartanos, griegos y latinos (“El dios de la risa es un personaje demasiado intrascendente, casi tímido, como para colarse en el inventario de la Antigüedad”), el autor de

*Entre un caos de ruinas apenas visibles* nos presta un servicio pedagógico que, para los neoclásicos, fuesen Juan Meléndez Valdés o el abate Delille, era cosa de todos los días.

El romanticismo convirtió aquella cultura popular —cualquier dieciochesco, insisto, sabía quiénes eran los personajes históricos y mitológicos aludidos en *Las aventuras de Telémaco* o en el *Viaje del joven Anacarsis a la Grecia a mediados del siglo IV antes de la era vulgar*— en materia de la erudición académica, a la cual el libro de Espinosa Estrada no pertenece por decisión, bien meditada supongo, de un autor que se atreve a preguntarse —acaso con cierta timidez— por qué los antiguos le daban tan poca importancia a la risa y sus divinidades. De ahí que resulten muy sabrosas casi todas las referencias pescadas pacientemente por él y puestas a disposición de lectores, al menos en mi caso, ignorantes del tema.

Escrito en fragmentos, como lo mandata el género ensayístico predominante, *Entre un caos de ruinas apenas visibles* es en realidad menos un libro sobre la risa en la Antigüedad que un tratadillo sobre el siglo XX y sus filósofos errantes: Werner Jaeger, Ernst Robert Curtius, Erich Auerbach (que escribió *Figura* para refregarle al nazismo la unidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento) o Walter Benjamin. Todos ellos escaparon de la barbarie (o lo intentaron sin éxito como el héroe de Portbou) para preservar lo que dicha barbarie estuvo a punto de borrar de la faz de la tierra. Nunca estará de más honrar a los sabios y a los justos —como hace Espinosa Estrada al incluirlos en su elenco a manera de coro—, y más todavía en un siglo que, como el nuestro, se caracteriza por su procaz desinterés en los asuntos del espíritu. Hacerlo es, además, una de las libertades del

ensayista, como lo es también entrever, entre Plutarco y Gelos, un cuento que narra la tierna amistad del narrador con su amiga de infancia, cómplice en las primeras lecturas y muerta trágicamente —no en balde estamos en México— siendo ya madre de un hijo.

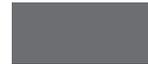
Tenemos, así, en *Entre un caos de ruinas apenas visibles* una plausible averiguación sobre la Antigüedad clásica, un homenaje (bien ilustrado con la *Bacanal*, de Tiziano, y con viñetas de Verónica Gerber) a los sabios del siglo XX y una mininovela de iniciación, con lo cual Espinosa Estrada se presenta como un ensayista que domina las querencias y las manías de nuestra época. Pero, ¿de qué manera concluir ante esta combinación? En primer término, hemos de agradecerle su afán didáctico. Cumple su misión de enterarnos de un asunto que nos parecerá digno de atención tras esta lectura, gracias a Espinosa Estrada, quien lee a Pausanias “con el alma en un hilo” al mismo tiempo que asocia el chiste, la comedia y la genitalidad entre los antiguos y los renacentistas. En segundo lugar, se aplaude una muestra más de filiación con el humanismo del siglo pasado, que nos permitió sobrevivir, como civilización letrada, a las grandes guerras y, después, a las batallas culturales empeñadas en culpar a la propia víctima de haber creado al responsable de su tentativa erradicación.

Para terminar, a veces el yo es odioso, aunque, desde Proust, el yo de un narrador no es por fuerza el que refiere Pascal en su célebre pensamiento. ¿Me dirán que Espinosa Estrada tomó el partido de Montaigne? No lo sé pero creo que no valía la pena incluir el cuento dizque personal en *Entre un caos de ruinas apenas visibles*, justamente por su naturaleza ancilar. Eliminandolo nada hubiera perdido un libro, si no

erudito, al menos dueño de una cierta sabiduría no exenta ni de humor ni de esa coquetería indispensable en el buen ensayista que ya es Guillermo Espinosa Estrada, convencido del poder seminal de la risa, desde aquella primera que se escuchó en la literatura occidental cuando, en la *Iliada*, los dioses se ríen del jadeante Hefesto. Mezclar con felicidad la vida propia (o la imaginada para aquellos seres capaces de ofrecernos la metamorfosis) y nuestras lecturas es una tarea más ardua, en la cual ya debe de estar pensando el autor de *Entre un caos de ruinas apenas visibles*. —

#### CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

es escritor y crítico literario. Su libro más reciente es la traducción de algunos de sus ensayos al portugués: *Bolaño, Benjamin, Walser. Três ensaios* (Papéis Selvagens, 2017).



#### ENSAYO

### La brecha inventiva



**François Jullien**  
**LA IDENTIDAD CULTURAL NO EXISTE**  
Madrid, Taurus, 2017,  
108 pp.

#### RAFAEL ROJAS

El filósofo francés François Jullien —helenista y, por si fuera poco, sinólogo— ha escrito un ensayo que retoma las críticas al concepto de identidad cultural desde un flanco persuasivo. Aquellas críticas que a fines del siglo XX el posmodernismo sostuvo con arrogancia epistémica vuelven a ser pertinentes en un momento, como el actual, caracterizado por el ascenso del nacionalismo y la xenofobia. El punto de partida de Jullien es lingüístico:

la crítica del nacionalismo debe reformular el significado de palabras como identidad y diferencia.

La identidad de una nación (Francia, Alemania o Gran Bretaña) o de un continente de naciones (Europa o América Latina), dice Jullien, no existe como esencia o personalidad cultural. Existe como recurso, es decir, como un conjunto de atributos nunca reñidos con lo universal o lo común: lenguas, etnias, tradiciones, culturas, artes, cocinas. La diferencia, aquello que singulariza una cultura nacional o regional, no es más que un *écart*: una brecha o un intervalo abiertos, que establecen una distancia comunicativa entre dos sujetos.

Para Jullien, cualquier otro entendimiento de las nociones de identidad y diferencia es equívoco porque confunde o mezcla los territorios de lo universal y lo uniforme, lo común y lo semejante. Cita a propósito al pintor cubista Georges Braque, quien aseguraba que “Trouillebert era similar a Corot, pero no tenían nada en común”, ya que “lo común es verdadero y lo similar es falso”. La confusión entre lo universal y lo uniforme es propia tanto del neoliberalismo como del comunitarismo: ambos extremos pliegan lo común hacia la similitud o la semejanza.

Como estudioso de China, Jullien está convencido de que la pretensión de universalidad de Occidente “ya no es sostenible”. Aun si asumiéramos esa universalidad por su lado más noble —el de la filosofía griega, la ciudadanía del derecho romano, la salvación cristiana o el progreso ilustrado— estaríamos en presencia de una singularidad, la occidental, con un valor imperativo, hegemónico, cuya voluntad de poder se manifiesta en

acciones nefastas. De ahí la importancia de una “universalidad abierta hacia lo común”, que tiene su núcleo conceptual en el término intraducible de *écart*.

Lo que diferencia culturalmente a dos sujetos, sean razas, naciones o religiones, es un hiato o un “entre” que no los anula o excluye. El *écart*, dice Jullien, “nos saca de la perspectiva identitaria” porque no parte de la definición de esencias inmutables. Abrir un *écart* es “hacer aparecer no una identidad, sino una fecundidad o, dicho de otra manera, un recurso. El *écart*, al abrirse, permite que emerjan otros posibles. Revela otros recursos que no se habían vislumbrado, que ni siquiera se habían sospechado”. Esa apertura facilita el tránsito de lo universal a lo común, eludiendo lo uniforme.

Dentro de cada cultura suceden, también, esos hiatos que ayudan a comprender la diversidad cultural del mundo. Por ejemplo, en Francia, hay que lidiar con una cultura en términos de La Fontaine y otra de Rimbaud, del racionalismo de Descartes o del surrealismo de Breton. Es conocida la distinción, en los *Pensamientos* de Pascal, entre el espíritu de geometría y el de finura. Algo similar propone Jullien cuando dice que el “*écart* abierto por Rimbaud hace resurgir (sobresalir) a La Fontaine, lo saca de la banalidad, de nuestra lectura rutinaria (escolar), rayana en el cliché: hace que lo descubramos en su propia inventiva”.

En este ensayo Jullien discute con muchos, pero, sobre todo, con Samuel P. Huntington y su *Choque de civilizaciones* (1996). Se trata, dice Jullien, del manifiesto de la reacción antiuniversalista de fines del siglo xx, que siguieron todos los nacionalismos e integrismos de principios del siglo xxi. El error

de Huntington, repetido luego en *Who are we?* (2004), fue haber pensado la cultura occidental, la islámica, la china, la mexicana o la estadounidense en clave identitaria. Esa limitación le impidió advertir la brecha inventiva que separa a civilizaciones diferentes y que les permite dialogar sobre un fondo común.

Ya en el cierre de su ensayo, François Jullien sostiene, con más candor que realismo, que el diálogo entre culturas o, específicamente, entre Occidente y Oriente, es la única vía de defender la democracia como recurso del universalismo moderno. Dice atinadamente que una “democracia es una comunidad de sujetos” y sugiere que el concepto chino de “paisaje” (*shan-shui*) incluye ese sentido comunitario. Pero sus ejemplos de traducción política no son suficientes para establecer un vínculo causal o recíproco entre el diálogo de las culturas y el avance de la democracia.

El reconocimiento de valores comunes como la libertad o la justicia en todas las culturas puede favorecer la diplomacia o la paz pero no necesariamente supone el progreso de la democracia a nivel global. De hecho, el siglo xxi ha demostrado ser una época en que grandes potencias como China y Rusia resisten la universalización de la forma democrática de gobierno en sus propios territorios y, a la vez, crean franjas de protección para regímenes autoritarios en diversas regiones del mundo. El “tipo chino de socialismo” de Xi Jinping y la “idea rusa” de Vladimir Putin son típicas ideologías identitarias en medio de la globalización. —

**RAFAEL ROJAS** (Santa Clara, Cuba, 1965) es historiador y ensayista. Su libro más reciente es *Traductores de la utopía. La Revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York* (FCE, 2016).

## ENSAYO

# Ver de otro modo



**Laura J. Snyder**  
EL OJO DEL  
OBSERVADOR.  
JOHANNES VERMEER,  
ANTONI VAN  
LEEUVENHOEK Y LA  
REINVENCIÓN DE LA  
MIRADA

Traducción de José  
Manuel Álvarez-Flórez  
Barcelona, Acantilado,  
2017, 536 pp.

## MERCEDES CEBRIÁN

El oculoctrismo o privilegio de la vista sobre los demás sentidos, tan característico de la cultura occidental, ha seguido manteniéndose gracias a las innovaciones tecnológicas aparecidas en diversas épocas. Si todos fuésemos tan miopes como quien escribe esta reseña, o padeciéramos de vista cansada y no existiesen lentes que nos ayudasen a corregir nuestros defectos visuales, el resto de los sentidos gozaría hoy de mayor importancia. Pero no ha sido así, y este ensayo de la historiadora y académica estadounidense Laura J. Snyder da fe de ello. *El ojo del observador* podría entonces leerse como una historia de la tecnología óptica surgida en el siglo xvii que nos enseñó a ver de otro modo, tanto en el campo de la ciencia como en el del arte. Para desarrollar sus ideas, Snyder se centra en dos individuos que nacieron en 1632 en la misma ciudad –Delft– de la antigua República Neerlandesa: Antoni van Leeuwenhoek, fabricante autodidacta de lentes y otros instrumentos ópticos, hoy conocido como “el padre de la microbiología”, y el pintor Johannes Vermeer. Como resume la propia autora en su epílogo, ambos utilizaron instrumentos como microscopios, espejos o cámaras oscuras “para ver más allá de la superficie, más allá de lo

inmediatamente visible, para ver más de lo que puede apreciar el ojo”. Gracias a ello, “los dos comprendieron que en el mundo natural había más de lo que se veía en la superficie y los dos creyeron que formaba parte de su tarea como ‘investigadores de la naturaleza’ mirar más profundo, ver lo que había debajo”.

Quienes piensen que la autora va a abordar de lleno el tema principal –la reinvencción de la mirada en el siglo xvii gracias a la tecnología óptica– en el primero o segundo capítulos necesitan ser advertidos de que no va a ser así, pues este libro es una suerte de menú-degustación que requiere compromiso y paciencia por parte de los lectores. Las reflexiones de Snyder acerca de los descubrimientos microbiológicos de Van Leeuwenhoek o de las técnicas pictóricas aplicadas por Vermeer gracias a sus conocimientos de óptica van a ir desgranándose poco a poco. En paralelo, los lectores irán encontrando en cada parte de las doce que componen el libro los distintos aspectos de una radiografía sociocultural de los Países Bajos en el momento histórico en que lograron su independencia de España, tras la Guerra de los Ochenta Años. La ensayista necesita presentar al detalle el contexto en el que surgieron las mentes de estos dos individuos que nos ocupan para demostrar que habían nacido en una tierra fértil para su creatividad y descubrimientos. No hemos de olvidar, y la autora nos lo recuerda, que, a pesar de contar solamente con un pequeño trozo de tierra cenagosa en el norte de Europa, los Países Bajos fueron una gran potencia gracias a su imperio colonial. Así, Snyder nos muestra, siempre a través de datos bien contrastados, que en la República

Neerlandesa del siglo xvii florecía el mercado de la pintura y las artes decorativas. Además, la ética del trabajo y los avances sociales de esta próspera nación –incluidos los relacionados con las mujeres– eran admirados en toda Europa.

Si bien se agradece la profusión de datos y el rigor histórico que la autora exhibe, no haría ningún mal al libro suprimir varias decenas de páginas, especialmente las dedicadas a demostrar de dónde proceden sus investigaciones; todo lo contrario: le aportaría mayor tensión y evitaría las frecuentes digresiones en las que se nos proporciona información no relevante para el tema principal del ensayo, como hipótesis y elucubraciones sobre los orígenes geográficos de la esposa del pintor Pieter de Hooch o las circunstancias en las que Van Leeuwenhoek pudo conocer al médico neerlandés Reinier de Graaf, quien convenció a aquel



para que enviase sus observaciones científicas a la Royal Society de Londres.

En cambio, algunas partes, como la quinta, titulada “Ut pictura, ita visio”, son excelentes ejemplos del mejor ensayo histórico divulgativo. En ella la autora comienza recreando una escena que transcurre en 1623 en casa del poeta Constantijn Huygens y en la cual su hijo primogénito, también llamado Constantijn, reunió a un grupo de conocidos para mostrarles una cámara oscura y otros inventos traídos de Inglaterra. De esta escena tan específica se sirve Snyder para, inmediatamente después, abrirnos la puerta de la historia y la evolución de las cámaras oscuras y de su empleo a cargo de los pintores de distintas épocas hasta centrarse finalmente en el uso específico que le daba Vermeer en la composición de sus óleos. Son destacables también los momentos en los que Snyder hace una lectura detallada de las obras del pintor de Delft en las que se advierte con mayor claridad su uso de este instrumento óptico, pues la autora logra que los pigmentos, sombras y tonos hablen por sí mismos: “Vermeer comienza a hacer un uso abundante de *pointillés*, toques globulares de pintura opaca gruesa, de un blanco puro o ligeramente amarillento, para indicar esos halos o discos de confusión [producidos por la cámara oscura]. Esparce esos *pointillés* a lo largo del borde del agua en *Vista de Delft*, acentuando el juego de luz en las diferentes texturas del agua y de las embarcaciones de madera.” Es particularmente en pasajes como esos donde Snyder, coherente con el tema que desarrolla en *El ojo del observador*, enseña a ver a los lectores del siglo XXI, liberando nuestros ojos de los prejuicios

y automatismos acumulados durante siglos. —

**MERCEDES CEBRIÁN** (Madrid, 1971) es escritora. En 2016 publicó el libro de poemas *Malgastar* (La Bella Varsovia).



## ENSAYO

### Retrato de familia



**Ricardo Fletes y Jean Meyer**  
**LA GRAN FAMILIA DE ZAMORA**  
Ciudad de México, Grijalbo/El Colegio de Michoacán, 2017, 256 pp.

### RAFAEL DIEGO-FERNÁNDEZ SOTELO

Cuando me incorporé al Colmich todavía no se cumplía un lustro de su fundación por Luis González y el puñado de historiadores y antropólogos que con él decidieron quemar las naves y abandonar tanto el Colmex como el CIESAS —en ese entonces CISTNAH— para iniciar la aventura académica zamorana en 1979. No puedo olvidar aún el impacto que me causó constatar la cotidiana presencia de una mujer que no dejaba de llamar la atención por el alboroto que generaba su mera presencia en cualquier lugar, no solo por su peculiar forma de vestir —falda larga y amplia a cuadros, sudadera, por lo general roja, y huaraches—, sino porque se hacía escuchar a fuerza de hablar siempre en voz muy elevada y con un lenguaje por demás florido y repleto de malas palabras. Tenía alrededor de cuarenta años de edad. Si su mera presencia resultaba tan intimidante, sorpresa aún mayor causaba la polémica que generaba en todos los ámbitos sociales: no había término medio, se pasaba de la leyenda negra, aderezada por las historias más espeluznantes que

uno pudiera imaginar, a una serie de anécdotas que, por el contrario, mostraban a una mujer a todas luces excepcional, que a lo largo de décadas había rescatado a miles de niños y niñas de la calle de las fauces de la prostitución, la droga, la prisión y la muerte.

No está de más precisar que la versión más difundida sobre Rosa Verduzco resultaba, por obvias razones, la leyenda negra. Sin embargo, a decir verdad, jamás escuché a nadie sustentar su información en fuentes de primera mano. Precedidas de un “según me han contado” o “como todo mundo sabe”, esas historias eran dignas de los tiempos en que la inquisición hacía de las suyas. Por el contrario, las personas que transmitían una buena imagen de Mamá Rosa tenían trato directo con ella, a menudo la apoyaban económicamente y por lo general conocían de mucho tiempo a ella y a sus hijos.

Por algún motivo que ignoro —probablemente porque desde el principio estableció un vínculo de simpatía y de cariño con Luis González y su mujer, Armida de la Vara—, Rosa Verduzco apoyó con todo el entusiasmo la llegada del Colegio a Zamora. De este modo, se convirtió en una presencia usual en los eventos académicos, sociales y culturales que organizaba la institución, con lo que pronto estableció lazos de amistad con un grupo de investigadores, entre los que destacaban Jean Meyer, Pepe Lameiras y Jean-Marie Le Clézio —después Premio Nobel de Literatura—, así como con estudiantes y allegados al Colegio, como Elena González Madrid y Marisa Lazo.

Antes de que el Colmich cumpliera su primera década, uno de los más brillantes estudiantes de la nueva generación de maestría del Centro de Estudios Antropológicos

(CEA), Ricardo Fletes —con formación en psicología y experiencia en el tema de los niños de la calle en Guadalajara—, se interesó, como no podía ser menos, en la Gran Familia, nombre formal de la institución que fundó y siempre presidió Rosa Verduzco. El tema generó polémica tanto al interior del CEA como en el Colegio mismo, pues, a pesar de la simpatía que algunos manifestaban por Mamá Rosa y su obra, existía una seria inquietud entre el personal debido a la gran cantidad de sombrías historias que se escuchaban todos los días y en todas partes.

Como es sabido, el ingreso a las instalaciones de la Gran Familia se encontraba totalmente vedado al público, así es que no resultó fácil convencer a Rosa Verduzco de permitir que un aspirante a antropólogo realizara su tesis de maestría en torno a su obra. Con seguridad habría rechazado cualquier otra iniciativa de este tipo en el pasado, pero Rosa aceptó, con muchas reservas, el ingreso de Fletes en 1988, luego de entrevistarse con él y conocer su trabajo previo. La tesis se presentó en 1992, bajo la dirección de Jesús Tapia y con la asesoría de Andrew Roth. Debido a que la información recogida supondría implicaciones legales para sus protagonistas, Fletes y las autoridades del CEA y del Colmich —en ese entonces Andrés Lira era el presidente y Carlos Herrejón, el secretario general— convinieron hacer pública la tesis solo en un plazo y una forma que derivara del mutuo acuerdo entre el investigador y la institución.

Sin duda, a más de uno le sorprenderá que, dos décadas más tarde, se considerara que el momento de hacer pública la investigación por fin había llegado. En particular si se toma en cuenta la escandalosa noticia que al unísono difundieron

todos los medios de comunicación en México y que, como reguero de pólvora, se extendió a nivel internacional: el 15 de julio de 2014, la PGR y la Sedena ingresaron al albergue, rescataron a casi seiscientas personas y detuvieron a nueve más, entre ellas Mamá Rosa. El operativo policiaco y mediático resultó tan desproporcionado, exagerado y bien orquestado, que en un primer momento se llegó a temer que en realidad en el seno de la Gran Familia se refugiara uno de los más peligrosos y buscados narcotraficantes del país.

Fue así como, en la pasada Feria Internacional del Libro de Guadalajara, Ricardo Fletes y Jean Meyer presentaron un volumen que recoge tanto la tesis del primero, tal y como fue presentada en 1992, como un complemento de Meyer, que cubre el tiempo correspondiente entre la tesis y la toma violenta y clausura de la Gran Familia en 2014. A manera de anexos hay una serie de testimonios de personas que conocieron y trataron por muchos años a Rosa y a sus hijos de la Gran Familia, entre ellos el de Le Clézio.

En los días que sucedieron a la publicación de la obra me tocó encontrar gente que reaccionaba de manera por demás colérica solo de enterarse de que alguien había escrito un trabajo aparentemente académico, desapasionado y documentado sobre “esa terrible mujer y su infame obra que tanto daño hizo a los niños de la calle en México”. Sin embargo, también encontré otros puntos de vista: en la presentación del libro, una señora del público dijo que el caso de la Gran Familia le generaba desconcierto. Si bien en su momento había escuchado comentarios positivos acerca de Rosa y su obra —el rescate de miles de niños y niñas en el abandono, en algunos casos consignados por drogadictos

o por haber cometido crímenes—, desde julio de 2014 solo escuchaba cosas terribles sobre el tema en los medios de comunicación. Eso la hacía cuestionarse cuál sería la verdad del caso y, sobre todo, cuál había sido la razón por la que la autoridad orquestara una campaña mediática y policiaca de tal magnitud para aprehender y satanizar a una mujer octogenaria y enferma, sin tomarse la molestia de llevarla primero a juicio. El público en general, incluidos muchos académicos de renombre, se creyó a pie juntillas la versión oficial sin la menor reflexión crítica, añadió.

La relevancia de una obra como la presente radica en que nos ofrece un conjunto de testimonios variados de personas que a lo largo de los años mantuvieron un contacto directo con la obra de la Gran Familia de Zamora. —

#### RAFAEL DIEGO-FERNÁNDEZ

**SOTELO** es profesor investigador del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Michoacán.



#### ENSAYO

### Exilio interior



**Roberto Ransom**  
**LA CASA DESERTADA.**  
**GRAHAM GREENE EN**  
**MÉXICO**  
Ciudad de México,  
Aldus/Matadero, 2017,  
286 pp.

#### ANA GARCÍA BERGUA

Toda novela es un viaje. En ocasiones físico, pero generalmente espiritual, si es que podemos creer que al espíritu no lo acompañan las vicisitudes del cuerpo. Se dice que, a diferencia del cuento que por lo general no da el tiempo a sus personajes de evolucionar, los que

habitan la novela deben ir transformándose a lo largo de ella, ir de un lugar a otro, un lugar existente o un lugar interior. De lo que no se habla tanto, por lo menos, es de cómo la escritura transforma al escritor, cómo la escritura, a la par que la vida, a la par que los viajes, opera como experiencia y en qué medida la voluntad de actuar en términos vitales se sustituye en el acto de la escritura. ¿Hasta dónde podemos decir que el escritor que narra un asesinato es en sí mismo un asesino o por lo menos vive la experiencia de asesinar? ¿En qué medida el escritor sale de una novela transformado, como si hubiera vivido todo lo que narra en ella?

En parte estas preguntas animaron quizá, pienso yo, a Roberto Ransom (Ciudad de México, 1960) a escribir su largo y profundo ensayo *La casa desertada. Grabam Greene en México*. En términos anecdóticos, el libro aborda el viaje que Greene realizó al país a finales de los años treinta con el encargo de escribir un reportaje sobre la represión del culto católico en Tabasco y Chiapas, aun bajo la égida del socialismo cardenista que de alguna manera logró templar el fanatismo inverso de Tomás Garrido Canabal, a quien exilió a raíz del tiroteo de sus camisas rojas contra los fieles de la iglesia de Coyoacán que salían de misa. Sobre estas regiones y el conflicto religioso escribió Greene su crónica de viaje *Caminos sin ley* y la novela *El poder y la gloria*. Ransom aborda tanto el viaje como los libros que de este surgieron. “La crónica de viaje —afirma Ransom—, un trabajo periodístico y financiado, debía apegarse más al asunto, la persecución de la Iglesia Católica por el Estado en México. La novela, como género, es más libre, y Greene se dio cuenta al volver a Londres de que México era,

en buena medida, un estado anímico y una proyección de su propia realidad inglesa.”

Es este México como estado de ánimo el que permite a Roberto Ransom conectar tiempos, espacios, personajes e historias en un entramado complejo que busca aprehender a la persona Greene en términos vitales, autorales, religiosos y filosóficos, y este viaje que el autor británico vive de una manera, por decirlo así, mística, es decir como una meditación sobre el martirologio y a la vez un viaje interior a su adolescencia. El contexto de la persecución religiosa en México y la cercanía de la guerra que en aquellos años es ya muy patente en Europa, azuzan o justifican la realización de un viaje que es, como todo viaje, una búsqueda interior. Ransom plantea como un reflejo y un *alter ego* de lo que vivió Greene en México, aunque sobre todo de cómo se vivió a sí mismo el escritor en el país, el personaje del *whisky priest*, el protagonista de *El poder y la gloria*. Este sacerdote católico y alcohólico que carga el peso de haber procreado una hija, reflejaría de alguna manera el periplo espiritual de Greene, quien realizó este recorrido después de haberse convertido al catolicismo y de nuevo en su país dejó a su familia para entregarse por completo a la escritura. Este viaje, señala Ransom, “lo prepara para su regreso con su familia y a Inglaterra, aun cuando esto implique reconocer su incapacidad o inadaptabilidad, como esposo y como padre, su naturaleza errante y contraria a lo doméstico, e implique, a su vez, haber decidido cumplir como proveedor, si a distancia”.

Podríamos decir que el libro de Roberto Ransom es también una novela, una novela policiaca en la que el autor busca a Greene

a través de las personas que conoció en México y la manera en que algunas de estas pasaron de *Caminos sin ley* a *El poder y la gloria*; habla también de las lecturas y los recuerdos que lo acompañaron. Es particularmente apasionante el capítulo que habla de los personajes que fue encontrando en *Caminos sin ley*, muchos de ellos extranjeros con los que Greene convivió, extranjeros aislado en selvas, en plantaciones, que no se mezclaban con los nativos. Dice Ransom que, en *Caminos sin ley*, los extranjeros parecen compartir todos la pregunta que Greene se dirige a sí mismo en el prólogo de su libro: “Bueno, el mes entrante, quizá México... ¿Y por qué México? ¿Realmente esperaba encontrar ahí lo que no había encontrado aquí? ‘Pues esto es el infierno’, le dijo Mefistófeles a Fausto, ‘y yo no me encuentro fuera de él.’” Junto a estos extranjeros hay una serie de figuras marginales de las que podría surgir el mestizo que aparece en *El poder y la gloria*. La fascinación de Greene por este tipo de personajes populares da pie a Ransom a pensar si la novela es del todo, como se podría esperar por el tema, una novela social: “Yo argumento a favor de una lectura de la novela como drama social, pero en la que la realidad político-social de Tabasco en 1938 sirve más bien para emplazar el *agon* principal que es finalmente doméstico. El sacerdote alcohólico es en primer lugar un hombre sin hogar y una figura paterna humana [...] Lo anterior no es negar que *El poder y la gloria* es también una reflexión sobre el sacerdocio, el martirio, la santidad y la iglesia.”

Esta búsqueda de Greene, en *La casa desertada*, abarca muy diferentes ámbitos, no solo lo personal y lo religioso, sino también, por supuesto lo político, pues no olvidemos

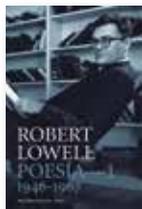
que Graham Greene ingresará al servicio secreto inglés por mediación de su hermana, experiencia de la que surgirá la espléndida *Nuestro hombre en La Habana*. A partir de un corpus muy nutrido de lecturas y un acercamiento sumamente acucioso de los diarios y la obra del autor inglés, el libro-viaje de Roberto Ransom nos permite entrever la profundidad de aquel espacio interior que fue finalmente el hogar verdadero de Greene, el recuerdo de su infancia pero, sobre todo, la escritura. Todo escritor, en ese sentido, es un exiliado de la realidad, y el viaje de Graham Greene por México representó, quizá, la revelación o la materialización de ese exilio interior.

Es muy difícil reseñar en un breve espacio lo que representa *La casa desertada*. Podemos decir que la gran mayoría de los ensayos literarios académicos en los últimos años se han centrado más en la indagación sobre la obra propiamente dicha, en las pistas del texto y sus conexiones, que en la vida de los escritores que lo producen. En ese contexto, el libro de Roberto Ransom es una antigüedad novedosa y refrescante que retorna al enigma del autor y de la creación artística en general con un afán profundo. Bucea en ese país misterioso del que surge, para bien o para mal, la obra, y todavía más, de alguna manera retorna desde ella a la biografía, a la vida del espíritu y sus misterios, ese hogar espiritual que para Greene fue ambiguo, feliz y tormentoso, pero que ciertamente nos regaló la obra inquietante y variadísima de uno de los más grandes escritores del siglo xx. —

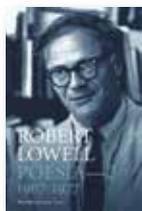
**ANA GARCÍA BERGUA** (Ciudad de México, 1960) es narradora y ensayista. Era publicó el año pasado su novela *Fuego 20*.

## POESÍA

### ¿Por qué no decir lo que pasó?



**Robert Lowell**  
POESÍA COMPLETA,  
1 (1946-1967)  
Traducción de Andrés  
Catalán y José de María  
Romero Barea  
Madrid, Vaso Roto,  
2017, 672 pp.



—  
POESÍA COMPLETA,  
2 (1967-1977)  
Traducción de Andrés  
Catalán y José de María  
Romero Barea  
Madrid, Vaso Roto,  
2017, 1104 pp.

### ANDRÉS BARBA

Con esta edición de su poesía completa, Robert Lowell —uno de los poetas más influyentes y determinantes de la segunda mitad de siglo y padre tutelar de la “poesía confesional” estadounidense— ha pasado, en cuanto al público hispanoparlante se refiere, de la inexistencia a la existencia. Hasta la fecha solo podían leerse en castellano un par de antologías, el último de sus libros —*Día a día*— publicado por Losada y un volumen de apuntes autobiográficos publicado por la Universidad Diego Portales. Esta impresionante edición en dos volúmenes —más de mil seiscientas páginas en conjunto, con una impecable traducción de Andrés Catalán y José de María Romero Barea y un aparato crítico digno de los clásicos contemporáneos— demuestra que a veces la enfermedad de la onomástica sirve para algo más que para que un político se haga una foto con una viuda. No perdamos la esperanza.

Lowell es definitivamente un viaje de ida y la lectura de su obra de

corrido funciona como una biografía soterrada. No me refiero aquí solo a lo estrictamente autobiográfico (Lowell empieza a emplear material autobiográfico desde muy pronto, con *Estudios del natural* en 1959, su tercer libro), sino por encima de todo en lo que se refiere al estilo. Mucho más que como un viaje histórico, resulta fascinante pensar la vida de los autores como un viaje estilístico, formas que se abandonan, retoman y vuelven a abandonarse, trayectos que van de la precisión a la vaguedad y la sugerencia. Tanto es así que si hubiera que hacer una segunda biografía frente a la de los acontecimientos tal vez no sería mala idea, en el caso de los escritores, poner en paralelo los tonos que han elegido para describir esas ideas y cómo se corresponden con los momentos que les estaba tocando vivir. En la época más luminosa de su vida, en pleno reconocimiento y con la casa arreglada, Dostoievski escribió la más oscura de sus novelas, *Los demonios*, y sin embargo esperó a estar en la bancarrota económica y sentimental más absoluta para escribir la —a mi juicio— más esperanzadora: *El idiota*. Resulta temible imaginar los cuerpos descuartizados que estaba viendo Whitman en plena Guerra de Secesión cuando escribía los luminosos versos de *Redobles de tambor*. Y no olvidemos que *La metamorfosis* fue escrita por un empleado acomodado al que básicamente no le faltaba nada.

Lowell comienza en su primer libro (*El castillo de lord Weary*, 1946) con una versificación escueta, precisa y culta, tres rasgos que en buena medida se convertirán ya para siempre en marca de la casa, pero no es hasta *Estudios del natural* cuando descubre plenamente el objeto poético por antonomasia: él mismo. “91 Revere Street” es el lugar en el que

Lowell entra en Lowell. Lo hace, como buen narcisista, inconscientemente de que la imagen de la que se ha enamorado y que refleja el lago es la de su propio rostro, pero también con la virulencia oscura del trastorno bipolar que le costó su primer matrimonio. Lowell es, para sus compañeros y también para sí mismo, “Cal”, un mote que aglutina por igual a Calibán y a Calígula: una fuerza creativa, pero también una pulsión oscura e inevitable a la destrucción. Lowell entra en Lowell con el ímpetu del célebre elefante en la cacharrería, es altivo, ambicioso, arrollador, tal vez sea esa la razón de que sus siguientes libros —*Por los muertos de la Unión* (1964) y *Junto al océano* (1967)— sean, de rebote, tan delicados y sutiles y no menos extraordinarios que los versos redondos de *Estudios del natural*. “Sin zapatos ni corbata, a la caza de la deseada / mariposa por aquí y por allá sin éxito / dejé que la nostalgia me ahogara. Estaba harto / de anotar los pasajes más oscuros / y dejé que mi tediosa Biblia diera contra el suelo.” El distanciamiento del catolicismo de Lowell le devuelve, curiosamente, a un mundo más humano.

1973 es para el poeta el año de la publicación de su obra, si no más



lograda, al menos más ambiciosa y monumental: *Cuaderno*, un libro que luego trocó “temáticamente” en una primera parte: *Historia* en la que (y ya empleando esa estructura de catorce versos que se impuso maníaticamente a partir de entonces) hace una genealogía de personajes históricos girando de forma bipolar entre “el deseo humano de la violencia y el horror moral de la violencia” y una segunda parte estrictamente personal e íntima —*Para Lizzie y Harriet*— que le costó no pocos disgustos y reprimendas (entre ellas, una célebre de su amiga Elizabeth Bishop) por emplear sin consentimiento cartas y otros textos de su mujer y su hija durante el año de su separación familiar. *El delfín*, la tercera y más acabada (tal vez por más veraz) pata de esa mesa del último Lowell es el relato del enamoramiento de Caroline Blackwood, un movimiento que tiene una primera fase luminosa y una segunda hermética y definitivamente oscura, como todo en el poeta.

Anna Ajmátova decía que la única forma cabal de medir la sabiduría era analizar el grado de serenidad a la hora de despedirse de la vida. Si es así, Lowell demostró en sus últimos poemas ser indulgente también con sus errores y su decadencia: “Las tortugas envejecen, pero nadan amorosamente / fósiles medio congelados, caballeros errantes / con armaduras salidas de un sueño absurdo.” Lowell abandona en su última etapa la estructura cerrada y a ratos asfixiante de los catorce versos y recupera sus grandes poemas abiertos y precisos: “A veces todo lo que escribo / con el raído arte de mis ojos / parece una instantánea / morbosa, apresurada, estridente / más elevada que la vida / pero paralizada por la realidad.” Y se despide de la vida no solo como uno de los poetas más importantes del siglo,

sino también literariamente, regresando a casa, en taxi, con una fotografía de su mujer en la mano. —

**ANDRÉS BARBA** (Madrid, 1975) es escritor. En 2017 obtuvo el Premio Herralde de novela con *República luminosa* (Anagrama).



## ENSAYO

### El registro afectivo de la modernidad



**Javier Moscoso**  
**PROMESAS INCUMPLIDAS. UNA HISTORIA POLÍTICA DE LAS PASIONES**  
Barcelona, Taurus, 2017, 360 pp.

#### MANUEL ARIAS MALDONADO

Leemos en *Rojo y negro* que la primera preocupación de Julien Sorel, tras haber sido contratado como preceptor de los hijos de monsieur de Rênal, es saber en qué mesa le servirán el almuerzo; el protagonista de la célebre novela de Stendhal había leído en las *Confesiones* que Rousseau protestó con vehemencia cuando lo sentaron con los criados. He aquí una muestra de la contagiosa pulsión igualitaria que precedió a la Revolución francesa y estalló con ella, sentando así las bases del mundo contemporáneo. Y que, como señala Javier Moscoso al hilo de estos ejemplos literarios, se expresa tanto en lo tangible como en lo simbólico: en el estatuto de ciudadano y en las costumbres sociales, en la distribución de la renta y en los usos amorosos. Sus repercusiones serán vastas: el niño negro de *¡Absalón, Absalón!* encontrará motivos para rebelarse en la edad adulta contra los esclavistas sureños tras haber sido amonestado por usar la puerta principal de la casa a la que

le enviaron a hacer un recado. En fin, si la Revolución francesa puede tomarse como mito fundacional de la modernidad política, al consagrar una forma de organización social que prima el mérito frente a la fortuna y antepone el mérito a la arbitrariedad, ella misma es resultado de una pasión igualitaria cuyas manifestaciones y ramificaciones merecen ser debidamente exploradas.

Javier Moscoso, historiador cultural de brillante trayectoria, busca en *Promesas incumplidas* esclarecer el papel de las pasiones humanas en la configuración de la historia contemporánea. Se trata, en definitiva, de averiguar cómo influye la experiencia subjetiva privada sobre la vida pública y viceversa. A tal fin, rastrea los cambios acontecidos en los regímenes pasionales en una época decisiva para la conformación de la mentalidad moderna: la que va de la segunda mitad del siglo XVIII a la Revolución de 1848. Desde Tocqueville a Mishra son muchos los pensadores que han visto en la igualdad el principio motor de la política moderna, y no puede decirse que el malestar contemporáneo con la desigualdad económica les quite la razón. No obstante, Moscoso está menos interesado en explicar las condiciones —políticas, económicas, sociales— que hacen posible la aparición de “emociones culturalmente significativas” que en preguntarse por el relato de esas emociones y por su tratamiento público. De esta forma, los cambios sociopolíticos se explican mediante las pasiones dominantes. Volviendo a Julien Sorel: su actitud es el reflejo literario de una actitud real, que a su vez constituye la expresión emocional del principio político de la igualdad.

Se plantea aquí, como es evidente, un problema metodológico. Si el giro afectivo en las ciencias sociales

de nuestros días se ha visto impulsado —sin reducirse a él— por los avances neurocientíficos, ¿de qué modo puede el historiador de las emociones acceder al depósito afectivo del pasado? Moscoso presta especial atención a los informes clínicos y los tratados de medicina moral, cuya profusión en aquellos años muestra el creciente protagonismo de la psiquiatría y la progresiva “medicalización” de los trastornos del alma. Pero también se vale de la literatura, la filosofía o la ciencia económica, así como de sus intersecciones. Siendo la premisa de la historia cultural que cada época fija las condiciones por las cuales algunas pasiones son aceptables y otras no, solo podemos acceder a los estados de conciencia del pasado a través de sus autodescripciones. Por ejemplo, leyendo tratados morales o filosóficos y consultando la legislación vigente descubriremos cómo la ambición es encomiada durante los años revolucionarios y desaconsejada a partir de la Restauración. Sin embargo, advierte Moscoso, el historiador de las emociones debe dar también cuenta de la influencia de los afectos en los cambios sociopolíticos. Y, aunque las dificultades demostrativas son evidentes, no difieren de las que aquejan a las humanidades y buena parte de las ciencias sociales en su conjunto. No se trata de reducir la historia a las emociones, sino de incorporar las emociones al estudio de la historia.

Nos recuerda el autor que la propia Ilustración fue menos cartesiana de lo que solemos creer. Muchos de sus pensadores reivindicaron las pasiones como parte de la fisiología del cuerpo y como un resorte imprescindible —a través de la indignación— para derribar el Antiguo Régimen; la teoría económica, por su parte, vio en la ambición egoísta un factor esencial

para el buen funcionamiento del mercado. Sin embargo, la ambición no es la única de las pasiones que atraviesan las páginas de este libro. A su alrededor se dibujan muchas otras, que Moscoso va desgranando a golpe de erudición y con exquisita atención al detalle: una indignación que adquiere proporciones epidémicas en la Francia prerrevolucionaria y se expresa encendidamente a través de la retórica; las pasiones de la rivalidad, que van desde la cólera y la envidia a los celos y el resentimiento; la desesperanza, nacida de la miseria o la decepción posrevolucionaria, reflejada en el aumento de los suicidios; o el amor, ligado a la amistad antes que a la sexualidad y cada vez menos constreñido por la pertenencia de clase. Al hilo de esta cuidadosa disección, surgen temas añejos de tanto interés como la discriminación de la mujer (así como la violencia de las mujeres contra las mujeres en el marco del Terror) o la pregunta sobre si la violencia de la guillotina es accidental o inherente a la Revolución. Para terminar, se aborda el tratamiento moral de las pasiones descontroladas, una regulación pública de la salud que va de la mano del nacimiento de los Estados nacionales y perseguía atenuar los trastornos psíquicos por medios tan variopintos como el retorno al sosiego de la vida rural, la práctica de la gimnasia o el consumo de fruta y verdura fresca para vencer la envidia.

Javier Moscoso nos ha entregado un libro imprescindible para cualquier aficionado al estudio de la Revolución y más que recomendable para los interesados en la génesis de la sensibilidad contemporánea. —

**Manuel Arias Maldonado** (Málaga, 1974) es profesor de ciencia política en la Universidad de Málaga. En 2016 publicó *La democracia sentimental* (Página Indómita).